

REVISTA PARA
LA CELEBRACIÓN
LITÚRGICA

Volumen 60
2014/3

Colaboran en este número:

Fidel Aizpurúa Donázar
Argentina Antón Méndez
Soco Díaz González
Pedro Fraile Yécora
Oscar de la Fuente
José Xto. Rey G^a de Paredes
Pelayo González Ibáñez
Donaciano Martínez Álvarez
Mons. Juan José Omella
Juan A. Pérez Andrés
Alberto Pérez Pastor
Javier Prat Cambra
Juan Rubio Fernández
José Luis Saborido Cursach
Gabino Uribarri Bilbao
Modesto Vázquez-Gundín
Asun Vitores Baciero

2014/3

Pascua. Ciclo A (del 27 de abril al 27 de junio de 2014)

HOMILÉTICA

HOMILÉTICA



SALTERRAE

Pascua. Ciclo A

Del 27 de abril al 27 de junio de 2014



9 778404 394209

el crucificado («enseñó las llagas y el costado»), se hace presente en medio de ellos. El saludo es el mismo: «Paz a vosotros». En ambos encuentros está muy presente el verbo “ver/no ver”. Pero hay dos diferencias importantes: la actitud de los discípulos antes de cada encuentro es diversa. En el primero están encerrados «por miedo a los judíos»; en el segundo solo se dice que «estaban con las puertas cerradas». El primer encuentro hizo que, a partir de entonces, «al verlo se llenaran de alegría».

La segunda diferencia se descubre en el intermedio. En ambas apariciones están los discípulos reunidos. Pero Tomás solo está en la segunda. Y este es el dato que guía la narración del encuentro mantenido «a los ocho días». El paso de la incredulidad a la confesión de fe de Tomás solo se puede realizar a través de la comunidad reunida.

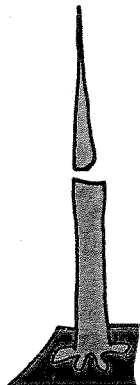
La incredulidad de Tomás queda reforzada a través de una doble negación, que podemos traducir como «no creeré en absoluto», «de ningún modo creeré». El evangelista se dirige aquí a las comunidades cristianas futuras, quienes como Tomás han de creer a través del testimonio de los primeros dis-

cípulos. La duda de Tomás es la duda de todo aquel que no se fía, que no acepta el anuncio pascual de los primeros testigos.

Sin embargo, es en la comunidad, como ya se ha dicho, donde Tomás se encuentra con el Resucitado. Jesús vuelve a colocarse en medio de los discípulos reunidos. Es a la comunidad a quien se aparece y a quien ofrece el saludo de paz. Y solo a continuación se dirigirá directamente al “incrédulo” Tomás. La fe comunitaria ha de verificarse en el encuentro personal con el Resucitado. Las palabras de Jesús no suenan a reproche. Más bien son una buena noticia. Finalizará con una bienaventuranza, destinada a las generaciones futuras, quienes sin ver llegarán a la fe por medio del testimonio de las comunidades cristianas.

La reacción de Tomás representa la afirmación de fe más elevada de todo el evangelio de Juan. Quien más ha dudado es quien con mayor rotundidad proclama la divinidad y soberanía de Jesús. La experiencia ha sido un encuentro personal decisivo. Por fin ha descubierto el sentido de su existencia: Cristo resucitado, «Señor mío y Dios mío».

Oscar de la Fuente



LA HOMILÍA

Domingo llamado *in albis*, porque en este día los recién bautizados en la vigilia pascual venían revestidos con la vestidura blanca. Se puede recoger este elemento a lo largo de la homilía, al hablar de la vida resucitada del cristiano.

La Pascua, con la muerte y la resurrección del Señor Jesús, supone la manifestación gloriosa del triunfo de Jesús y de su legitimación y confirmación de parte de Dios. Pero la Pascua es un acontecimiento que no solamente nos dice algo sobre Jesús y su resurrección gloriosa. La Pascua también nos incumbe a nosotros. Nos habla de un nuevo modo de vida, de vivir según la resurrección.

Lo primero con lo que nos enfrentamos ante la resurrección es la incredulidad. ¿Es verdaderamente cierta la resurrección de Jesús? ¿Cómo se comprueba? ¿Existe una

prueba científica, de carácter empírico? Y, consecuentemente, ¿es posible otro modo de vivir y comportarse, de practicar la vida “resucitada”? El evangelio nos responde a la primera pregunta y la lectura de los Hechos a la segunda.

En este pasaje del evangelio de Juan, la figura de Tomás representa al discípulo de todos los tiempos, que duda de la resurrección de Jesús. ¿Por qué, si Jesús ha resucitado, no se impone este conocimiento a todo el mundo de modo apabullante, sin que quepa duda alguna? O, al menos, ¿por qué no se me manifiesta a mí, de un modo tal que ya no me quepa duda alguna? Podemos interpretar el deseo de Tomás de tocar y palpar como un deseo de creer. Sin embargo, Tomás equivoca el modo de recorrer el camino de la fe.

El camino de la fe pasa por el testimonio de la comunidad.

El camino de la fe pasa por confiar en el testimonio de la comunidad, pues la fe cristiana es comunitaria y apostólica. Crece a partir del testimonio de los apóstoles, que se va difundiendo, propagando, cultivando y recordando, de generación en generación. No hay modo cristiano de creer en puro individualismo, inventando la fe, inventando a Jesús y su obra. La fe personal consiste en una personalización de la fe comunitaria. Estamos remitidos, por suerte, a una serie de testigos privilegiados, que nos han prestado un gran servicio. Primero, porque nos han transmitido la vida terrena del Señor Jesús, sus encuentros, su modo de actuar, su enseñanza, sus acciones más significativas. Así podemos conocer hoy a nosotros a Jesús, con una pauta que nos permite estar seguros de que no entramos en ensoñaciones subjetivistas ni nos dejamos engañar por el deseo. Pero además, segundo, porque también nos han transmitido el verdadero encuentro que tuvieron con el Resucitado. Les dio pruebas a ellos de que estaba vivo. Nosotros quedamos remitidos a su testimonio. El mismo evangelio ya piensa en nosotros; Jesús resucitado nos dice esta palabra: «Dichosos los que crean sin haber visto».

La transformación de la vida de los primeros discípulos es la prueba más auténtica de la resurrección, de que es posible vivir una vida que ya empieza a estar “resucitada”. La lectura de los Hechos de los Apóstoles, que ofrece unas pinceladas de la primera comunidad, posiblemente algo idealizada, nos brinda las pistas de lo que es la vida resucitada.

Jesús llamó bienaventurados a los que creían en ti sin haber visto. Te damos gracias, Padre, porque nos has regalado el don de la fe y te pedimos que nos ayudes a mantenernos siempre en ella.

En lo que más se insiste es en compartir. Un compartir que, en este texto, se refiere sobre todo al interior de la comunidad. Tenían un mismo corazón, cosa que se expresa también en compartir las riquezas. Si el discurso sobre el compartir no se refleja en los bienes materiales (riqueza, posesiones) corre el grave peligro de ser un discurso hueco.

La vida comunitaria de la primera comunidad también está marcada por la oración, la fracción del pan (celebración de la eucaristía). El Resucitado, entonces, nos conduce a los hermanos,

La fe consiste en una personalización de la fe comunitaria.

para seguir el camino del mismo Jesús en su entrega a todos; pero también nos conduce a Dios, centro de su vida, del que brotaba el discernimiento constante de su misión. La vida resucitada se articula entonces como relación intensa con Dios y generosidad constante con los hermanos.

Es posible vivir una vida que ya empieza a estar "resucitada".

Este testimonio comunitario genera, por una parte, alegría dentro de la comunidad y, por otra, admiración y cierta envidia por parte de los demás. La misión cristiana, a la que el Resucitado nos envía, pivota sobre el testimonio alegre, la coherencia de la vida con la fe y el compartir. Esta misión pide una forma comunitaria de realización.

Gabino Uríbarri Bilbao, sj

ORACIÓN UNIVERSAL

Te presentamos, Padre, nuestros deseos y peticiones, porque queremos que nuestra fe se fortalezca:

- Por la Iglesia, para que sea siempre testimonio de una comunidad de fe antes que una institución poderosa y burocratizada.
- Que la fuerza del Señor resucitado se manifieste en nuestro mundo y logre vencer todo lo que impide una humanidad reconciliada, en paz y justicia.
- Que los cristianos seamos en el mundo testimonio de una vida nueva, fraterna y comunitaria, superando las raíces individualistas de la fe.
- Que, apoyados en el testimonio de los apóstoles y de la larga historia de los creyentes, cumplamos la bienaventuranza que Jesús dirige a quienes, sin ver, han asumido el riesgo de la fe.
- Que quienes nos manifestamos creyentes en Jesús vayamos madurando día a día y personalicemos la fe de la Iglesia más allá de una fe sociológica o meramente subjetiva.

Así te lo pedimos, por Jesucristo resucitado.